

MIEDO A LOS INMIGRANTES

José Ramón Valero Escandell¹
Departamento de Geografía Humana
Universidad de Alicante

Aunque algunas áreas rurales o pequeños municipios puedan convertirse en enclaves concretos de elevada concentración de gentes de origen extranjero, son las grandes ciudades las que más sufren el impacto de las corrientes migratorias que, de forma creciente, se producen a todas las escalas y casi

ata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Repositorio Institucional de la Univers

también en países de la ribera norte del Mediterráneo.

Se ha dicho que la época de la globalización ha originado en los ámbitos locales una tendencia a la segmentación social y una creciente segregación espacial (Borja-Castells, 1997). Las ciudades son, en esta lógica planetaria, los principales territorios de la diversidad, incrementándose la convivencia multicultural, que algunos valoran esperanzadamente como un punto de partida sobre la que construir una nueva sociedad común, pero que otros consideran la confirmación del establecimiento de sociedades paralelas coexistiendo en el mismo espacio. Alain Touraine (1998) observa preocupado que, conforme el mundo técnico y económico incrementa su carácter global, en las grandes ciudades las identidades se segregan, se cierran sobre sí mismas en defensa de su homogeneidad y de su pureza cultural. Se reducen así las propias raíces de los derechos ciudadanos (de carácter universal y personal, no en cuanto a integrantes de grupo alguno).

Este proceso, ocurrido en medio de una cierta decadencia de la vida urbana tal como se ha entendido tradicionalmente y en un momento de evidente deterioro de lo colectivo, de lo público, ha acrecentado el temor a lo diferente y la intolerancia hacia aquellos grupos que se consideran incompatibles con nuestra concepción de la vida. El asentamiento de grupos étnicos no europeos y el desarrollo de cadenas migratorias rapidísimas que permite a los recién llegados disfrutar con cierta facilidad de redes sociales de ayuda mutua grupal –que evitan su sentimiento de aislamiento, pero ofrecen una imagen más acorde con lugares diferentes al de llegada– ha generado en buena parte de los habitantes de las ciudades europeas un fuerte sentimiento de pérdida de identidad, o de erosionamiento de una situación de preeminencia de sus valores que consideraban consolidados e inmutables. Las costumbres cotidianas preexistentes, que se presentan como marco de referencia incuestionable de la relación con los grupos diversos que pueblan las ciudades, se convierten para los autóctonos en una exigencia si no a compartir, sí al menos a respetar, algo no siempre fácilmente al alcance de los recién llegados. En este escenario urbano es en el que analizaremos el miedo a los inmigrantes.

1. Propaganda xenófoba: explotar el imaginario temeroso

El análisis de la propaganda que transmiten distintos grupos ultraderechistas y xenófobos, casi siempre a través de internet o de otras fuentes de información radicalmente actuales, habitualmente de forma agresiva o muy agresiva, simplista y maniquea, pero directa y clara, nos permite entender tanto como el más reflexivo de los ensayos sociológicos cuáles son los rasgos definitorios de la imagen de la inmigración como amenaza a la sociedad autóctona. Se ha recurrido a la lectura de diversos pasquines y numerosos anuncios y carteles con los que estos grupos alertan contra los peligros de la inmigración, reales o imaginados, exacerbados en todo caso; son grupos repartidos por todo el territorio estatal, siempre en grandes ciudades o en núcleos de su área metropolitana, que recurren a esta imagen amenazante como fórmula para encontrar el hueco político que otras opciones xenófobas han logrado ya en algunos países.

1. Correo electrónico: Jose.Valero@ua.es

En general, ofrecen una visión de la inmigración como fenómeno ilegal y masivo, que atenta contra los derechos laborales de los ciudadanos, contra la seguridad ciudadana y contra la identidad nacional; lanzan la imagen de un país en proceso de invasión y convierten la patera (ilegal, clandestina, nocturna, paupérrima, organizada por mafias, venida del Magreb...) en el símbolo paradigmático de una avalancha masiva. Vinculan con su llegada todos los males del país: pérdida del bienestar social, inseguridad, delincuencia, desempleo...; plantean la dicotomía entre un pueblo que no los quiere y unos políticos, o unos capitalistas, según los casos, que los utilizan en su beneficio. Por supuesto, se realiza una conexión directa entre inmigración e islamismo y entre islamismo y terrorismo (sólo en uno de los carteles se ataca a los latinos), relación que se acentúa con mayor fuerza tras el 11-S neoyorkino y, especialmente, tras los recientes atentados de Madrid: “todos son sospechosos, todos son Bin Laden”, se llega a decir. A partir de ahí, se incita a defender la libertad, la cultura, la nación; a exigir el cierre de fronteras o la expulsión, especialmente “de todos los moros”. Evidentemente, el rechazo a la inmigración es para estos grupos el aglutinante, el banderín de enganche político.

Sin embargo, la existencia de estas células ya es, en sí misma, fruto del rechazo de buena parte de la sociedad urbana hacia el proceso migratorio vivido en estos años de entresiglos con notable intensidad. Pese al simplismo con que lo ejercen, su discurso hunde sus raíces en un imaginario colectivo hecho de estereotipos, generalizaciones, lugares comunes, prevenciones y rumores que nace en la vida cotidiana de nuestras ciudades.

Aunque hemos destacado estos grupúsculos por su facilidad en resumir los posibles miedos colectivos, no son los únicos. En su *Informe Anual 2004*, *Sos Racismo* denuncia que en las últimas elecciones municipales se ha hecho un uso electoralista de la inmigración, potenciando los miedos, asociando inmigración con delincuencia y presentando la inmigración como amenaza a la identidad o culpable de los problemas sociales; también Javier de Lucas (2003) denuncia el mensaje del miedo lanzado al electorado, ofreciendo la imagen de un gobierno que les defenderá frente a las amenazas de fuera, haciendo de la inmigración un instrumento de política simplista. Analizando el Frente Nacional francés, J. Daniel (1997) encuentra las causas del populismo xenófobo en su capacidad para achacar a la inmigración la culpa de todos los males sociales, dada la necesidad de encontrar un responsable –un *cabeza de turco*– cuando la profundidad de los problemas que padecemos es superior a nuestra capacidad de ofrecerles respuesta; desaparecido el comunismo como amenaza global, la inmigración islámica ocupa rápidamente el papel de referente.

2. El temor al inmigrante en la opinión pública

Del análisis de los distintos barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas, en lo que va de siglo, se desprende que la inmigración se encuentra entre los principales problemas citados por los encuestados, aunque siempre por detrás de aspectos como el paro, el terrorismo o la inseguridad ciudadana. Considerado de forma aislada, piensan que es más un problema para España (entre el 14,2 y el 17,6% lo citan como tal), que algo que les afecte a ellos (nunca ha llegado a ser citado por el 7% de entrevistados). Sin embargo, un análisis más a fondo de las respuestas –por ejemplo las de enero de 2004– muestra que los problemas que más directamente les preocupan son (por este orden) el paro, los problemas económicos, la vivienda y la inseguridad ciudadana y, en este caso, sí cabe considerar que en todos ellos puede influir el reciente establecimiento de numerosos inmigrantes en el país.

De cuando en cuando, el barómetro mensual dedica especial atención a las cuestiones migratorias. A lo largo del siglo XXI se observa un creciente malestar respecto a la inmigración, aunque todavía reducido y/o soterrado. El Cuadro 1 recoge los aspectos más significativos recogidos de forma periódica:

TABLA 1: EVOLUCIÓN DE ALGUNAS ACTITUDES RESPECTO A LA INMIGRACIÓN				
Respuestas	Mes de la encuesta			
	Feb-00	Feb-01	Jun-02	May-03
Se debe tener libertad para vivir y trabajar en cualquier país:	94.7%	92.4	87.2	86.5%
Grado de simpatía hacia los norteafricanos (de 1 a 10):	6.01	5.89	4.94	5.27
Grado de simpatía hacia los Europeos de la U.E. (1 a 10):	7.16	6.50	6.72	7.13
No le importa nada que su hijo comparta clase con niños de familias inmigrante:	83.2%	83.3%	74.5%	73.5%
En España se necesitan trabajadores inmigrantes		60.1%	51.4%	53.1%
Los inmigrantes son demasiados	31.3%	42.0%	53.8%	47.8%
Aumentarán mucho	46.0%	54.7%	50.1%	51.5%
Sólo se debe permitir la entrada a quienes tengan un contrato de trabajo		78.7%	83.6%	85.1%
Los españoles en general los tratan con desconfianza, agresividad o desprecio	60.7%	60.9%	60.6%	57.2%
El entrevistado los trata con desconfianza, agresividad o desprecio propio		12.6%	18.8%	19.8%
Ha tenido relación o trato con inmigrantes	52.6%	55.9%	55.7%	59.2%
<i>Fuente: Barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas de los meses correspondientes</i>				

La primera impresión pueden resultar positiva, pero se reduce paulatinamente el reconocimiento del derecho a la libertad de movimientos y de establecimiento de las personas y el de aquellos a quienes no les importa que su hijo comparta clase con un inmigrante; el grado de simpatía hacia los magrebíes – aquellos con los que más se identifica la inmigración– es siempre el más reducido en función del origen, con grandes diferencias respecto a los europeos comunitarios; decrecen quienes piensan que se necesitan trabajadores, al tiempo que aumentan los que creen que ya son demasiados o los que exigen que se disponga de contrato de trabajo para entrar en el país. Un dato relevante es que, mientras se reducen los que piensan que los españoles los tratan incorrectamente (tal vez porque ya piensan en una tolerancia excesiva), aumentan aquellos que reconocen que les tratan con alguna prevención.

En otras contestaciones recogidas alguna vez por el barómetro, siempre son los norteafricanos (estereotipo de la inmigración hasta para un 76,6%) aquellos que mayor prevención generan a la hora del casamiento del hijo o de tenerlos como vecinos o compañeros de trabajo; por supuesto, entre quienes otorgarían preferencia de acceso en razón de origen siempre se relega a los magrebíes al último lugar. Otros estudios específicos del CIS referidos a los más jóvenes² ofrecen ante algunas preguntas respuestas aún más preocupantes. Así, en 2002, el 44,8% veía más inconvenientes que ventajas en la inmigración, el 60% consideraba la inmigración excesiva, el 60,8% creía que favorecerían la delincuencia y el 50,3% pensaba que hacían bajar los salarios. La gran mayoría de estos jóvenes, recordemos, vivía en entornos urbanos.

El Eurobarómetro europeo 2002 del Observatorio Europeo del Racismo y la Xenofobia, pese a los datos anteriores, situaba a los españoles entre los europeos menos intolerantes y mostraba una opinión pública europea global todavía más intransigente: un 39% de los europeos era partidario de devolver a su país a los desempleados, un 20% pensaba que había que expulsar a quienes no eran ciudadanos comunitarios, un 52% creía que la calidad de la enseñanza se resentía con la presencia de estos niños y un 22% creían que debían abandonar su propia cultura para ser miembros plenamente aceptados. Lo verdaderamente notable del caso español es que más de dos de cada cinco entrevistados no ha tenido relación o trato con inmigrantes, y el porcentaje se incrementa con lentitud (del 52,6% al 59,2% en cuatro años), pese al intenso crecimiento del número de inmigrantes. Una consecuencia parece clara: la visión de la inmigración que poseen nuestros conciudadanos procede en su mayor parte de los medios de comunicación social.

2. C.I.S.: “Los jóvenes de hoy”, *Datos de opinión*, 19, enero-marzo de 1999 y *Sondeo sobre la juventud española*, junio de 2002.

3. Medios informativos y temor a la inmigración

Son muy numerosas las voces que denuncian el seguimiento informativo de los temas migratorios como la causa de buena parte de los temores hacia unos colectivos de los que sabemos muy poco. Ya el denominado *Informe de Girona* denunciaba como algo común que, mientras los editoriales de los periódicos ofrecían argumentos humanitarios, las noticias cotidianas suponían un constante goteo de noticias negativas que fomentaban y sedimentaban los estereotipos y las actitudes negativas, asociando racismo con inmigración o problemas legales con delincuencia.

Diversos autores han denunciado la situación de debilidad mediática en que se encuentran estos colectivos: carecen de los derechos políticos más básicos, son minoritarios en la sociedad en que residen sin disponer de canales efectivos de comunicación, no ocupan posiciones de decisión en la esfera económica, sus actividades culturales rara vez traspasan los estrechos límites grupales; pensemos, por ejemplo, en las numerosas páginas dedicadas por la prensa a cualquier tipo de celebración folklórica local autóctona –siempre presentadas como suceso gozoso, risueño, positivo– y la casi absoluta carencia de referencias a las celebraciones lúdico-festivas de los inmigrados, que en todo caso aparece como algo exótico cuando no ancestral o atrasado. Por otro lado, ciertos sectores resultan casi invisibles al ciudadano medio; C. Pérez (2003) denuncia que las inmigradas rara vez aparecen en la prensa y, cuando lo hacen, casi siempre es como objeto, sin proyecto migratorio, sujetas a decisiones masculinas o de grupos que las controlan; esta invisibilidad de la mujer genera desconfianza entre los autóctonos e impide una más fácil integración de las mujeres, lo que sin duda facilitaría una relaciones más estrechas en el seno de los barrios o de la escuela, dado el papel que la mujer representa en las redes sociales de la vida cotidiana y el menor recelo que provocan en comparación con los varones.

El hecho de que los periódicos recurran continuamente a fuentes oficiales, generalmente policiales o burocráticas, o a partidos políticos mayoritarios, que con excesiva frecuencia utilizan las migraciones como arma arrojadiza, no ayuda a establecer una imagen de normalidad al respecto. Como tampoco colabora el hecho de que la noticia (es decir, lo excepcional) venda más diarios o genere más audiencia televisiva que lo cotidiano, lo normal, lo discreto. La frecuente carencia de periodistas especializados en la cuestión explica la tendencia al sensacionalismo o a la simplificación. Otras veces, con la mejor de las intenciones se ofrece una visión absolutamente utilitarista de las migraciones: se afirma que vienen debido a nuestro envejecimiento demográfico –son más jóvenes, tienen más niños: se avivan algunos recelos–, que van a pagar nuestras pensiones, que ocupan los trabajos que nadie quiere; esta función subsidiaria, además de desvalorizar al colectivo, fomenta la extranjerización del inmigrado, es decir, su carácter de extraño al grupo territorial, no su pertenencia plena al tejido social. Llamarles *inmigrantes*, no *inmigrados*, reafirma el carácter temporal, provisional, transitorio de su presencia.

Con todo, es la relación entre la inmigración y la delincuencia que se renueva cada día a través de distintos medios de comunicación –fuente hoy en día de la práctica totalidad de conocimiento del mundo exterior que poseemos– la más peligrosa, porque permite culpabilizar al ajeno de todo aquello que nos desasosiega. La relación, que puede llegar a través de sucesos concretos donde un extranjero sea protagonista, también se fragua a través de imágenes (la *patera* como un ejemplo de la invasión de la pobreza) y del propio lenguaje (*clandestino*, *ilegal*, *sin papeles*...).

Además, no debemos olvidar el concepto que nuestros conciudadanos poseen de la ciudad multicultural a través de la industria cinematográfica norteamericana, que nos permite conocer más imágenes de aquel país que del nuestro. La ciudad fragmentada, dividida en barrios cuyos habitantes se refugian entre los *suyos* como forma de identificación y protección, troceada entre autopistas que separan mundos diferentes más que unen territorios; cualquier estudio reciente sobre la distribución racial en aquellas ciudades³ ofrece la visión de un mundo que sólo puede ser contemplado con temor y prevención, donde se asumen territorios propios y ajenos en el seno de una misma ciudad.

3. Por ejemplo, ORNSTEIN, M.: *Ethno-Racial Inequality in Toronto: Analysis of the 1996 Census*, Institute for Social Research, York University, March 2000; o SINGER, A.: *At home in the Nation's Capital; Immigrants Trends in Metropolitan Washington*, The Brookings Institution Center on Urban and Metropolitan Policy, June, 2003.

4. Inmigración y delincuencia

La mayoría de la población no ha padecido ningún incidente directo de violencia o delito achacable a los inmigrantes. Sin embargo, siempre habrá algún conocido, próximo o no, que haya sufrido experiencias negativas que el rumor se encarga de magnificar. En los últimos barómetros del CIS, casi el 60% de los encuestados cree en la relación entre inmigración y delincuencia. La Fundación Encuentro ha destacado en un informe de 2001 que la opinión pública española relaciona fuertemente la inmigración con la delincuencia, además de con el paro y –en menor medida– la bajada de salarios. La misma fundación, en 2003, ofrecía datos de lo que los gestores urbanos consideraban calidad de vida: en su opinión, y por este orden, educación, empleo, salud, ambiente social y seguridad pública eran requisitos más necesarios para el bienestar que el medio ambiente, las infraestructuras, la cultura y el ocio o el gobierno; en todos los factores primados la posible influencia de la inmigración es evidente, pero es la relación entre inmigración e inseguridad la que más puede condicionar la percepción de todas las demás.

Hoy se achaca a la inmigración buena parte del sentimiento de inseguridad ciudadana y el grueso de los delitos menores; algunos la relacionan con el creciente asilamiento social con que se afronta la vida en el barrio, y hay quien establece correlaciones con el incremento de la violencia doméstica.

Si analizamos las estadísticas concretas vinculadas a la delincuencia, las que proceden de los más recientes anuarios estadísticos del Ministerio del Interior, sí existe una correlación positiva entre inmigración y delincuencia: es cierto que el porcentaje de reclusos extranjeros superaba a finales del 2002 el 25% del total, y también lo es que el número de detenidos llegaba al 7% de residentes legales (aunque aquí habría que incluir a los detenidos repetidas veces y a quienes lo fueron en razón a su simple carácter de extranjeros irregulares).

Sin embargo, resultan imprescindibles ciertas matizaciones. En primer lugar, la relación entre delitos y territorios tiende a coincidir mucho más con las grandes concentraciones urbanas que con el porcentaje de inmigrantes; así, en 2002, Granada, Sevilla, Valencia o Bilbao, provincias con un porcentaje de inmigrantes muy inferior al estatal, superan la media española en delitos por habitante; en el lado opuesto, Girona, La Rioja, Segovia, Cáceres, Huesca, Segovia, Soria o Teruel, con un grado de inmigración cercana o superior a la media, poseían tasas delictivas reducidas o extraordinariamente bajas. La relación de la delincuencia con las grandes concentraciones urbanas es mucho mayor que con la inmigración.

Es cierto que el porcentaje de reclusos extranjeros es superior al de su población residente, pero en parte es debido a que los extranjeros que pueden delinquir en España –país turístico y de tránsito, además– son muchos más que quienes residen en ella. Por eso, el porcentaje de detenidos en España de cualquier país supera al de los autóctonos. Así, de 1996 a 2002 el número de reclusos extranjeros pasó de 7.263 a 13.413, pero durante ese periodo los inmigrantes extranjeros se triplicaron (es decir, disminuyeron los reclusos por cada 1.000 inmigrantes).

Observando el número de reclusos por países, es evidente una relación general entre delincuencia y grado de pobreza del país de origen, pero habría que evitar generalizaciones excesivas: también es elevado el número de reclusos por cada mil residentes entre los franceses o portugueses. No siempre son los no europeos aquellos más relacionados con la delincuencia, como demuestran las detenciones de rumanos; tampoco se puede generalizar por ámbitos geográficos: relativamente, los argelinos están muchísimo más vinculados con la delincuencia que los marroquíes. Finalmente, y sirva como ejemplo desmitificador, en relación a su población residente, los reclusos ecuatorianos son muchos menos que los italianos o franceses y similares a los alemanes.

La opinión popular que relaciona la inmigración con la delincuencia ha sido utilizada por el poder para establecer lo que Gil Araujo (2003) denomina *políticas de fortaleza*, incrementando los controles estatales a todos los niveles, desde la exigencia de vigilancia del pasaje por parte de las empresas de transporte a la delegación de responsabilidades en la administración local; incluso se establecen acuerdos de colaboración con terceros países, que permiten puentear a los órganos judiciales y delegar en otras esferas ajenas el obligatorio respeto a derechos y garantías personales, a sabiendas de sus menores escrúpulos al respecto.

5. Barrios e inmigración

El miedo a los inmigrantes también existe en determinados espacios productivos, especialmente entre aquellos sectores sociales más indefensos: trabajo en precario, zonas industriales en declive, comarcas de paro elevado... No es de extrañar que sean las personas de mayor nivel educativo, los de empleo estable o los más jóvenes, quienes menos desconfían de su llegada, ya que son aquellos que afrontan su llegada con mejores defensas y en una situación más ventajosa (pensemos en el entramado de reglamentos, convalidaciones de títulos, cuotas, oposiciones con requisitos restrictivos...). Entre los trabajadores menos cualificados, sí se recela a menudo de los nuevos llegados (Martínez Veiga, 1998): creen que no relacionan cada trabajo con el prestigio social que posee o no, que están dispuestos a recibir unos salarios que a los recién llegados de un país empobrecido no les parecen tan bajos, que no valoran suficientemente derechos laborales trabajosamente conseguidos. Sin embargo, no parece ser en las empresas donde se exprese con mayor énfasis el temor a su llegada, sino que el posible malestar se acumula, junto a otros agravios supuestos o reales, en los espacios residenciales.

Podríamos hablar de que son precisamente algunos barrios populares los espacios críticos en los que se libra la batalla por la integración o la segregación de los inmigrantes. Barrios como Lavapiés, en Madrid, o el Raval barcelonés son conocidos como áreas de contacto a veces conflictivo, no sólo con los autóctonos sino también entre diferentes comunidades. Algunos estudios sobre el barrio de Sales, en Viladecans (Narbona, 1997 y Santos-Zouine, 2000), muestran cómo éste pasa a ser considerado como el barrio marroquí, y por ello el problemático, pese a que la gran mayoría de los marroquíes residen en otras áreas de la ciudad; en realidad, en ese barrio la inmigración resulta mucho más visible por estar más concentrada, incluir a recién llegados y gentes de paso (mucho más visible en la calle) y ser un área de relación entre ellos al concentrar buen número de comercios específicos.

El problema de estos barrios de acogida de inmigrantes es que se trata en buena medida de las zonas más degradadas del centro histórico o de barriadas periféricas de la época del desarrollismo, con viviendas de baja calidad y escasez de dotaciones; muchas veces son barrios obreros, de inmigración antigua, frecuentemente de voto izquierdista, que sólo recientemente han alcanzado a disfrutar algunas prestaciones del llamado estado del bienestar; las transformaciones recientes de la globalización han generado una fractura social fuerte, que se refleja en numerosos aspectos de la vida en el barrio: el urbanismo, la sanidad, la limpieza, la seguridad, la enseñanza... En estos barrios de acogida, la fractura étnica se superpone a la social y alguna población autóctona de los mismos siente que no se preserva la identidad del barrio y el sistema de relaciones preexistente. Evitar la degradación de los barrios implica dotaciones de calidad, pero también mantener la convivencia tolerante, la neutralidad de la calle y la preservación del patrimonio cultural identitario.

Entre las transformaciones que generan temor y malestar en los barrios populares deberían citarse la segregación creciente y el hacinamiento en las viviendas.

La segregación es facilitada por la creciente concentración de grupos étnicos en espacios reducidos. Esta concentración viene facilitada por un doble proceso: los inmigrantes, uno de los sectores sociales débiles, tratan de buscar un territorio en que se sientan protegidos y puedan preservar una identidad difícil de vivir con normalidad, donde puedan recibir el apoyo de una red social afín; algunos antiguos moradores, si cuentan con medios económicos para ello, intentan trasladarse de un entorno que ya no consideran tan propio como antes, generando un efecto dominó que acentúa en otros vecinos la sensación de pérdida de identidad y tiende a reducir el precio de las viviendas, lo que incrementa la posibilidad de instalarse en ellas a nuevos inmigrantes. A veces, por ello, se crea malestar ante la llegada de los primeros inmigrantes a una finca, especialmente si el número de nuevos vecinos es elevado.

El hacinamiento muchas veces responde al alojamiento transitorio de los primeros momentos, ante las dificultades de inserción en la nueva sociedad y los escasos recursos de que se dispone. Casi siempre, el asentamiento estable, la casa propia, supone el final del proyecto migratorio (Labrador-Merino, 2000) y también el final o la aminoración del hacinamiento. El elevado precio y la escasez de la vivienda refuerza la tendencia al hacinamiento, lo que incrementa el malestar vecinal ante problemas como el ruido o el deterioro de algunas instalaciones; los ayuntamientos deberían intentar paliar las concentraciones excesivas con políticas activas al efecto, pero no siempre poseen medios o voluntad para ello.

Finalmente, los procesos de reagrupación familiar también han colaborado a variar la imagen de los barrios. Por un lado, suponen una muestra de arraigo y normalización del colectivo, pero –al haberse producido en algunos barrios de forma casi sincrónica, debido a oleadas regularizadoras discontinuas, casi cíclicas– han supuesto a veces trasplantes sociales, de grupos locales y familiares a un hábitat diferente, en el que se continúa viviendo en la propia lengua y con costumbres que pueden chocar con las normas de una sociedad laica donde los derechos son individuales. A veces, la población autóctona reacciona de forma esquizofrénica: se exige un comportamiento como el nuestro –difícil de conseguir aún con la máxima voluntad para ello– y se siente una cierta culpabilidad por exigirlo.

6. Miedo a perder los logros recientes en bienestar social: escuela, salud, ayudas sociales...

La inmigración de los últimos años ha ayudado a conseguir una cierta revitalización económica (más basada en el incremento del empleo que en el de la productividad), pero ha reducido la cohesión social. Ello se enmarca en una contradicción entre el Estado y el capital; éste recibe el grueso de los beneficios y mejora su posición negociadora ante los trabajadores, mientras aquel debe asumir costes sociales cada vez más elevados, o repartir entre más candidatos a beneficiario una cantidad similar de recursos, dada la tendencia a la reducción de cargas impositivas; algunas situaciones productivas (a veces, delictivas o irregulares, aunque consentidas *de facto*) sólo pueden mantenerse con la complicidad de un Estado que asuma como propias carencias generadas en otras instancias.

Para complicar más la situación, todo ello sucede en una Unión Europea donde un 8% de los asalariados vive en la pobreza (Eurostat, 2001, p.98), o en una España donde el 10,59% de los hogares sólo consigue llegar a fin de mes con mucha dificultad⁴. Si a esto unimos el hecho de que buena parte de los inmigrantes necesita una importante atención inicial, que desconocen las normas de funcionamiento de nuestras instituciones asistenciales y que poseen una idea mítica de ilimitada abundancia en la sociedad receptora, no es raro que en las capas sociales menos favorecidas se origine una imagen de privilegio de los recién llegados o de trato preferente hacia ellos; por ejemplo, el rechazo que muestra hacia ellos buena parte del colectivo gitano deberíamos enmarcarlo en esta situación. Los gastos de unas corporaciones locales⁵ siempre alejadas del desahogo económico tienden a multiplicarse, más allá de sus posibilidades, casi siempre tratando de cubrir competencias ajenas desatendidas.

La escuela es una de las esferas en que se produce este temor a los nuevos compañeros. Pese a lo que indican las encuestas, no son raros los colegios donde los padres retiran a sus hijos –o no los matriculan inicialmente–, llegando a falsificar su domicilio u otros datos personales, al creer que la calidad de enseñanza puede resentirse ante un número significativo de hijos de inmigrantes⁶. En ocasiones, a estos niños se les culpabiliza de la reducción generalizada del rendimiento escolar, de la indisciplina en las clases, del deterioro del centro, incluso de los suspensos concretos de nuestro hijo, de todo. Es cierto que las dificultades lingüísticas pueden influir en los primeros momentos, es cierto que el nivel de preparación de los padres también condiciona el rendimiento, es cierto que no dominan los hábitos escolares de aquí como los autóctonos, pero también lo es que no se pueden dedicar recursos similares al tratamiento de las dificultades personales de rendimiento escolar cuando los posibles demandantes se han multiplicado⁷. Problemas como los generados en torno al uso o no del velo islámico van mucho más allá de un hecho concreto de escasa importancia, y debemos asociarlos con la mayor visibilidad del diferente o con los numerosos fantasmas de nuestro imaginario colectivo.

El derecho a la atención sanitaria es otro de los pilares del estado del bienestar que parece resentirse. La ralentización del gasto social, visible en el conjunto de la UE durante la década de los noventa (Eurostat,

4. *El País*, 25-6-04, citando datos del INE.

5. Como ejemplo de los múltiples gastos y programas relativos a la atención a los inmigrantes en el caso de Madrid, véase FERNÁNDEZ, M.: "Gastos de las corporaciones locales en atención a la población inmigrante", *Migraciones*, 9, 2001, pp. 183-208.

6. Una situación concreta, la de Vic, ha sido profundamente tratada en CARBONELL, SIMÓ y TORT: *Magribins a les aules. El model de Vic a debat*, Vic, Eumo, 2002, 254 pp.

7. Sobre la situación concreta de las escuelas a juicio del profesorado, véase VALERO, J.R.: *Inmigración y escuela. La escolarización en España de los hijos de los inmigrantes africanos*, Alicante, Universidad, 2002, 142 pp.

2001, p.90), ha tenido que repercutir en el que posiblemente sea, junto a las pensiones, el mayor gasto asistencial; y lo ha hecho en un momento de envejecimiento de la población –las edades avanzadas generan un elevado porcentaje del gasto sanitario– y de llegada de centenares de miles de inmigrados que acuden muy mayoritariamente a una red pública que debe garantizarles asistencia. No es de extrañar, pues, que buena parte de la infraestructura sanitaria de las zonas demográficamente más dinámicas esté colapsada y que se desvirtúe el carácter de los servicios de urgencia. Los inmigrantes no parecen acudir al médico en mayor proporción que los autóctonos, pero desconocen normas de funcionamiento y son mucho más visibles para el resto de pacientes; en los servicios de maternidad, dado el elevado porcentaje de mujeres en edad fértil, más que a una fecundidad notablemente elevada que ya no es tal en muchos casos, su presencia se acentúa. En casos extremos, los servicios sociales sufragan el coste de algunas medicinas. De nuevo, la sensación de agravio puede aparecer entre la población más desfavorecida, sobre todo cuando deben afrontar alguna deficiencia del sistema.

Es evidente que en ciertas ayudas sociales –gastos de libros, transporte o comedor, en la enseñanza, por ejemplo– la proporción de los inmigrantes beneficiados es elevada, pero lo es en función de que también es elevada su proporción entre los más pobres de cada lugar. Sin embargo, el discurso xenófobo se aviva también con el miedo a que recién llegados acaparen beneficios insuficientes largo tiempo reclamados. A veces, casar las reivindicaciones de organizaciones humanitarias con la realidad socio-política resulta difícil: es razonable ofrecer una ayuda social equivalente al salario mínimo a los demandantes de asilo mientras se resuelve su petición, pero es difícil explicarlo a algunos sectores sociales en un país que no incrementa el gasto social y no garantiza esa cantidad mínima a buena parte de sus propios pensionistas.

Lo paradójico es que la lógica del capital, en aras de la mundialización, deteriora la sociedad del bienestar al tiempo que traspasa parte de sus obligaciones al Estado; sin embargo, esos mismos lugares en que se acrecientan los conflictos deben luchar por mantener una calidad de vida que cada vez influye más en su capacidad de competencia a escala global. Entre estas coordenadas de feroz competitividad económica y de incapacidad para una integración efectiva de los inmigrantes, se encuadra el miedo o, al menos, el temor y la desconfianza, instalado en muchas zonas de nuestras ciudades.

Bibliografía

- BARDERA, A. y otros (2002): “Informe de Girona. Cincuenta propuestas sobre inmigración”, recogido en *La Factoría*, 18, (www.lafactoriaweb.com)
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1997): *Local y global: La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus.
- CARBONELL, J. SIMÓ, N y TORT, A.(2002): *Magribins a les aules. El model de Vic a debat*, Vic, Eumo.
- CIS (1999): “Los jóvenes de hoy”, *Datos de Opinión*, 19, enero-marzo.
- CIS (2002): *Sondeo sobre la juventud española* (cis.es).
- DANIEL, J. (1997): “El siglo del Extranjero”, *La Factoría*, n. 3 (www.lafactoriaweb.com).
- EUROSTAT (2001): *La situación social en la Unión Europea, 2001* (http://europa.eu.int/comm/employment_social/news/2001/ke3801714_es.pdf)
- FERNÁNDEZ, M. (2001): “Gastos de las corporaciones locales en atención a la población inmigrante”, *Migraciones*, 9, 183-208.
- FUNDACIÓN ENCUESTRO (2001): “Los inmigrantes, un nuevo actor en la sociedad española”, *Informe 2001, una interpretación de su realidad social*, (www.fund-encuentro.org/datos/pdf/inmigran.pdf).
- FUNDACIÓN ENCUESTRO (2003): *CECS-Bilbao Metrópoli 30. Encuesta a gestores de ciudades* (www.fund-encuentro.org).
- GIL ARAUJO, S. (2003): “Las migraciones en las políticas de la fortaleza. Sobre las múltiples fronteras de la Europa comunitaria”, *Memoria*, 168 (www.memoria.com.mx/168/gil.htm).
- LABRADOR, J. y MERINO, A. (2000): “Características y usos del hábitat que predominan entre los inmigrantes de la Comunidad Autónoma de Madrid”, *Migraciones*, 11, 173-222.

- LUCAS, J. (2003): "Modelo Blade Runner", *Le Monde Diplomatique* (ed. española), febrero.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1998): "La competición en el mercado de trabajo entre inmigrantes y nativos", *Migraciones*, n. 3, 9-30.
- MINISTERIO DEL INTERIOR (2002 y previos): *Anuario Estadístico del...*
- MINISTERIO DEL INTERIOR. DELEGACIÓN DEL GOBIERNO PARA LA EXTRANJERÍA Y LA INMIGRACIÓN (2002 y previos): *Anuario Estadístico de Extranjería*.
- NARBONA, L.M. (1997): "La nueva inmigración en el Baix Llobregat", *La Factoría*, n. 2, 1997 (www.lafactoriaweb.com)
- OBSERVATORIO EUROPEO DEL RACISMO Y LA XENOFOBIA (2002): *Eurobarómetro*, (www.imersomigracion.upco.es/Documentos/Otros/otros.htm)
- ORNSTEIN, M. (2000): *Ethno-Racial Inequality in Toronto: Analysis of the 1996 Census*, Institute for Social Research, York University (<http://ceris.metropolis.net/Virtual%20Library/Demographics/ornstein1.pdf>)
- PÉREZ, C. (2003): "Las inmigrantes en la prensa: víctimas sin proyecto migratorio", *Mugak*, 24 (www.pensamientocritico.org/claper1103.htm).
- SANTOS, B. y ZOUINE, A. (2000): "Vivienda, una experiencia local", *La Factoría*, 11, (www.lafactoriaweb.com)
- SINGER, A. (2003): *At home in the Nation's Capital: Immigrants Trends in Metropolitan Washington*, The Brookings Institution Center on Urban and Metropolitan Policy, (www.brookings.org/dybdocroot/es/urban/gwrp/publinks/2003/immigration.pdf).
- SOS RACISMO (2004): *Informe anual*, (www.sosracisme.org/sosracisme/dossier/Dossier%20de%20premsadib.pdf).
- TOURAINÉ, A. (1998): "La transformación de las metrópolis", conferencia impartida en Barcelona el 2 de febrero, (www.lafactoriaweb.com).
- VALERO, J.R. (2002): *Inmigración y escuela. La escolarización en España de los hijos de los inmigrantes africanos*, Universidad de Alicante.